

sísima crítica o autocrítica y desechar lo que no es perfecto desde el punto de vista estético?

Que suceda lo contrario sólo es perdonable en un principiante agobiado por el deseo de ver su nombre en letras de molde.

La anterior meditación no fué hecha por Salvador Reyes, seguramente, antes de dar a las prensas su novela «Mónica Sanders».—JUAN LOVELUCK

ANTOLOGÍA POÉTICA, de Agustín de Foxá.—Ilustraciones de Escassi. Editora Nacional, Madrid

Si, según el maestro Ortega, «el hombre es él y su circunstancia», el poeta se nos muestra como una trilogía de «yos» ante las circunstancias propias; porque el poeta es él, hombre; él, sensibilidad receptora del yo y las circunstancias de los hombres; y él, emoción, a través de la cual la vida y el enseueño son expresados. En una palabra, el poeta es una intimidad generosamente derramada sobre el mundo y las cosas del mundo. Una intimidad que acaricia y arropa al mundo, para mostrarlo a su paso, no sólo en la belleza de su natural, sino en esa belleza superior que—siguiendo la afirmación hegeliana—lo natural encuentra al participar del espíritu del artista, del hombre artista. El poeta es ese ser, magnífico por excelencia, que eleva el mundo y la vida a la categoría de arte.

Esta sola consideración sobre lo que el poeta representa en la vida sería suficiente para que sus producciones fueran atendidas desde todos los sectores y, especialmente, desde el sector editorial. Sin embargo, sucede lo contrario: las casas editoriales le han vuelto

la espalda a la poesía; ellas sabrán por qué y qué intención les mueve a ello. Pues con su actitud no hacen otra cosa que ir acabando con el gusto por la poesía en el lector. Hoy por hoy, vaya nuestro más encendido elogio para esta editorial española que ha dado a la vez los libros de Romero Murube y Foxá.

* * *

No es este el libro de un tiempo ni de una época de Agustín de Foxá, sino el libro de los tiempos y las épocas poéticas que han transcurrido a través de la sensibilidad poética de su autor, el cual alcanza ahora la madurez vital aunque, con cierto descoco lírico de sus constantes nostalgias, se nos muestre gozador y presente en épocas que distan bastante de su corto pretérito. Sin embargo, poco importa este dato ya que, en el poeta, los tiempos y las épocas que han cruzado rayando el cristal de su sensibilidad, son los realmente vividos por su alma. Tal vez sea esa madurez recién estrenada quien ha impulsado a Foxá a antologizarse, considerando cumplido un primer ciclo de su vida que puede ser independiente y distinto del ciclo de la serenidad vital que comienza ahora.

Por eso hemos de dar mayor amplitud a nuestra lente analítica y considerar este libro de Agustín de Foxá en gran paisaje, en cuadro total y acabado, en el que obra y autor están perfectamente ensamblados, hasta parecernos una sola cosa vida y obra. Así, el primer escalón que se nos plantea es Foxá en el tiempo. Y el tiempo de Foxá es el de una magnífica floración de poetas jóvenes españoles, que recibe la enseñanza directa de los grandes maestros del 98. Rubén, los Machado, Unamuno, Juan Ramón Ji-

ménez... están dando sus obras de plenitud cuando este plantel de jóvenes poetas comienza a balbucir sus primeros versos y, naturalmente, las influencias se dejan notar en todos, junto a las recibidas en la lectura de los clásicos, de los cuales los que más prenden son Lope de Vega y Góngora. Es la generación de los Alberti, Lorca, Guillén, Gerardo, Diego, Dámaso Alonso, Altolaguirre, Aleixandre, Villalón, Murube, Foxá...

Mas no todos se inclinan hacia los mismos maestros. Agustín de Foxá gusta de los dos Machado y de Rubén Darío; une a Lope con ellos y no abandona del todo—como hacen los demás—a los poetas inmediatamente anteriores al 98. Hay en ellos un regusto de salones, de decadencias monárquicas con ritmos de vals y mazurkas, con brillos irisados de cristales de Bohemia, con remembranzas tagalas, que casan bien con el gusto del joven conde-poeta. Pero, sobre todos, es Rubén Darío, plástico, ampuloso, sensual, arrollador y aturdidor en el fluir de su verbo de nuevo rico del idioma, quien deja más firme huella en él. Le atrae lo épico y lo brillante; y si algunas veces dice con Lope, como en su poema «Vendimias»:

«¡Al alba, moza
que me voy a vendimiar!
Volveré lleno de sangre,
lo mismo que un capitán.
Ya se rebullen las mulas,
ya gallo y lucero están
disputándose las luccs»;

o con Antonio Machado, como en «Un niño provinciano»:

«Un niño provinciano, de familia modesta
(aulas del Instituto, charlas del profesor).
Los jueves un mal cine, y los días de fiesta,
Banda del Regimiento en la Plaza Mayor.
Un preludio de novia en las tardes lluviosas,
y en la casa de enfrente, mirador de cristal.
Mientras, ríen las gárgolas, y relucen las losas,
y las viejas marchitas van a la Catedral»...

donde Foxá se siente verdaderamente cómodo, donde su decir fluye a placer, donde su sentir encuentra el galope de Pegaso, es en el alejandrino rubeniano; en él, al tiempo que decir, perfila un cuadro sólo posible en la exuberante pintura de un Néstor de la Torre:

«Ya cambiaste la rosa por las algas amargas;
la muchacha terrestre, por la fría sirena.
Y has cruzado volando el jardín de los buzos,
donde el pez, de ojo inmóvil, ve brotar la tormenta».

Pero esta muestra de «Aquel barco con nombre de isla» no es la única para convencernos de lo rubeniano de Foxá. Su *Antología Poética* está plagada de ejemplos posibles para nuestro aserto; para manifestar hasta el extremo cómo se unen—en su gusto barroco—el maestro y el discípulo, y cómo ambos buscan, sobre lo barroco, la columna salomónica bordeada de racimos, porque enracimadas les surgen las palabras para enroscarse a la idea del poema; cómo los dos se entregan a la borrachera del lujo y la locura de la riqueza:

«¡Oh, barcas de patricios con el dosel de púrpura hacia húmedos jardines; comidas en la hierba! Entre eunucos, doncellas desnudas y filósofos. Mil años fué Bizancio como madura fruta que, jugosa de almíbar, se caía del árbol, haciendo hervir las aguas bajo su fuego griego, aturdida de herejes, cocheros y danzantes. Mas fué hermosa su muerte, decadente y tranquila»,

dice en «Bizancio», como dirá más tarde, siguiendo en neoclásico, en su poema «Nápoles»:

«Pompeya estaba en la ceniza, intacta,
bajo la tierra, con su circo abierto,
sus amorcillos de oro, en rojo estuco,
junto al anca de chivo de Sileno.
Y aun suenan flautas de caprinos dioses
o que amamantan ciervos y panteras
con la divina leche de sus pechos»...

donde también, como Rubén Darío, maneja lo mitológico para el mejor encaje de su fantasía. Y así podríamos seguir citando—casi poema por poema—y en todos encontraríamos la égida del nicaragüense que, al igual que Foxá, fué viajero incansable.

Con tal programa estético y vital, no es extraño que Agustín de Foxá—si ligado por ley generacional e identidad de orígenes—se apartara un tanto de los demás poetas, que elegían derroteros más en consonancia con su manera de pensar y sentir y con su época. Casi todos los componentes de esta generación se inclinan hacia una poesía de íntimas y hondas sensaciones—hacia ese intimismo que hoy es cifra de la joven poesía actual—y, más tarde, hacia un gon-

gorismo exacerbado por los movimientos «ismistas», que llegaron a convertir la poesía en lo que Ortega llamó «álgebra superior de las metáforas». Foxá no se movió; esperó la vuelta de los demás, pero no por eso desatendió las enseñanzas de los movimientos estéticos revolucionarios. Pasaron los «ismos» y lo encontramos de nuevo, igual en su fondo, frente al intimismo poético al uso—al abuso también a veces— con su poesía descriptiva, evocadora, plástica; viendo siempre el espectáculo del mundo más importante que el que le muestra su interior. Así en «Galope»:

«Es un cielo de tierra, entre el alambre,
pájaros por el suelo; verde Pampa
vallada por la luz del horizonte,
metiendo azul y ocaso entre las patas
de las siluetas lentas de los toros».

Una poesía la de Foxá con caracteres eminentemente literarios; escrita para recreo propio y para hacer partícipe de él al lector. Foxá no dice, como los poetas de su tiempo: «Mira cómo soy, y ve el mundo a través de mi prisma», sino «escucha lo que he visto». Porque también se advierte, en la poesía de Foxá, que fué escrita para un ritmo de dicción, con un gusto por la palabra y un encanto por la música del idioma:

Fué un hermoso negocio: por un loro una espada»
y por oro, abalorios que brillaban al sol,
y huyó la india desnuda por la selva, asustada,
con su rostro en el agua de un espejo español».

No obstante, la ruptura con su tiempo y las gentes de su época no puede ser total. Le atraen los mejores,

y así se deja arrastrar por el autor de «Marinero en Tierra» y por el de «Residencia en la Tierra»; y ambos, Alberti y Neruda, abren surco en el campo fértil de la poética de Foxá. «Romance de las salinas de Si-güenza» se hermana con el primero, en tanto que «Hay algo», «Lo inútil» y «Lo triste» están dentro de la estética del poeta chileno. Y es que también éste, como Rubén, le trae su fuerza aborígen vertida en el verso castellano, la sangre borbotante a flor de labio, pero fijada en materiales de especie distinta; tal vez baste con decir «en materiales» elevados a lo prestigioso por obra de la poesía.

Mas prescindamos del tiempo y del dintorno de Foxá, para fijarnos exclusivamente en su poesía, en la esencia y presencia de su hacer poético y su sentir, y nos encontraremos que la poesía del conde arranca de un puro sentimiento universal de la nostalgia, de un anhelo constante de paisajes, climas y ambientes perdidos. Por eso, quizás, llega tanto a todos los públicos y se escucha por éstos con tanto agrado; por eso, tal vez, nos parece tan humana: porque nada se da tanto en el hombre como la ilusión del porvenir y la nostalgia del pasado. Y en todo esto, en esta busca del mundo y su paisaje, en este gusto por todo y esta ilusión por lo visto y tocado, Foxá se encuentra a sí mismo, reverenciador de la belleza y contento de poderla admirar. Por eso, en su poema «Límites» va lamentándose de todo aquello que, por ser belleza en sí, no puede autoadmirarse, llegando en su lamentación hasta Dios, a quien dice:

«¡Ay, Dios del cielo, que en Tu inmensa alcoba
no tienes ningún Dios a quien rezar».

Y este volcarse sobre las cosas del mundo es tanto, que sus versos producen un efecto de expansión suprema, de conquista del ser múltiple, que vive en las cosas que ve a fuerza de rendimiento y entrega a ellas, a fuerza de sentirse constantemente ligado al mundo que le circunda. De la poesía de Foxá emerge una sensación contraria a esa sensación de soledad que da la poesía más actual española. Cual si el autor de «Baile en Capitanía» hubiera logrado la compañía cimerá que puede proporcionarle la variedad de las especies; como la existencia en el mundo de un ser multiplicado, que se desdoblara en otros tantos y que éstos fueran imagen del primero. Algo como un amor pleno en un pleno mediodía, derramado sobre un lugar paradisíaco.

Todo en Foxá ofreciendo claro, sin apenas misterio—si no es el de su magnífica capacidad de traslación—ese universo que le entra por los ojos poniendo en pie su emoción de poeta viajero y sentimental, al que gusta, más que el momento que vive, el vivirlo para recordar luego, cuando en el recuerdo nostálgico se le hayan limado las aristas incómodas a la actualidad; cuando la vida se revive y recrea sobre una nube prestigiosa que cede linaje a los hechos y a las cosas, y éstos adquieren rango de ser dignos de haberlos vivido.—E. M. F.

■

«TIERRA Y CANCIÓN» (Poesías), de Joaquín Romero Murube. Editora Nacional, Madrid

Hacía tiempo que tan sólo ecos nos llegaban de la voz poética de Romero Murube; ecos traídos por fo-